

# PREGÓN FLAMENCO DE LA SEMANA SANTA DE JEREZ

Francisco José Zurita Martín  
PEÑA LOS CERNÍCALOS. Viernes de Dolores 2022

¿Qué rostro tiene Dios para quien reza?

¿Qué ojos nos devuelven su mirada?

¿Qué imagen del Señor enamorada

recrea en una talla tal belleza?

¿Quién esculpe tamaña realeza?

¿Quién llega a ese amor del alma amada?

¿Quién descubre la faz encandilada

de un Dios que olvida su grandeza?

Es el milagro que obra el artesano

mostrándonos a Dios en una talla

que sufre como tú dolor humano.

Y ahora en su presencia, reza, calla...

que mirando a una talla el buen cristiano

le reza al mismo Dios que no nos falla.

Mi querido hermano:

El tiempo pasa pronto y los años que marcaron nuestra infancia se vuelven más lejanos y borrosos. Esta primavera ha empezado esplendorosa y los naranjos están cuajados de azahares. Parece mentira después de dos años tan extraños, tan distintos y tan tristes por tantas personas que se han ido a consecuencia de la pandemia y por este horror de la guerra que azota al pueblo ucraniano.

Nuestra querida Jerez huele a ese intenso aroma a incienso que se escapa por las rendijas de las puertas de templos y capillas. La luz es preciosa y el cielo del atardecer es un inmenso mar azul cuajado de luceros y de estrellas. Te echo de menos.

He orado por ti, por esa fe que perdiste en nuestra Semana Santa. Rezo para que vuelvas a sentir el gozo que te encendía el alma al llegar este tiempo. Pido a Dios que vuelva a ver tu

sonrisa, aquella sonrisa que te marcaba el rostro cuando nos poníamos juntos la túnica de nuestros padres.

Ya sabes que esta tierra nuestra es distinta, es especial. Sé que piensas que hay mucho fanatismo, superficialidad, impostura. Tú que siempre has buscado al auténtico Dios, ahora te alejas de aquello que te acercaba a Él.

Pero Tú, que bien lo conociste, sabes también que Él se vale de los caminos más indómitos e insospechados para llegar a los corazones humanos. ¡Y llega, hermano mío!, llega a las personas que ven en las imágenes de su pasión la comprensión más profunda a sus propios sufrimientos e inquietudes.

Hay muchos cristianos y de otras religiones que ven en esas imágenes actitudes idólatras y lo comparan con ese becerro de oro que se hicieron los judíos mientras Moisés recogía las tablas de la Ley en el Monte Horeb.

Tu Dios, nuestro Dios, se hizo hombre para llegar a nosotros y hacerse partícipe de nuestro sufrimiento. Llegar a Él a través de

esas imágenes es su forma de tendernos un puente que construyen tantos y tantos artistas en su nombre.

¡Esta Semana Santa es tan especial, hermano mío! Hace ya dos años que esta pandemia nos privó de tener cofradías por nuestras calles y cuánto deseamos verlas de nuevo y cuánto ansío que tú también estés otra vez con nosotros. Y es que desde que te fuiste he vivido por ti y por mi esos momentos nuestros buscando ardientemente que, de algún modo, pudiera hacerte llegar la pasión que despertaba en nuestros corazones....

Cristo se hace jerezano

cuando resuenan secretas

esas sentidas saetas

que le cantan los gitanos.

Y dándose a su hermanos

el Señor muere en Jerez

como la primera vez

en el Gólgota judío.

Y hoy clavado ante un gentío

de calles y plazas llenas

Él nos alivia las penas

con su cuerpo escarneció.

Con la sangre de sus venas

riega de esperanza el llanto

de los que lo alivian tanto

con las saetas morenas.

Y ante las penas terrenas

que lloran las oraciones

escucha las peticiones

que el alma humana suplica

y el Señor se sacrifica

sangrando de bendiciones.

¿Sabes lo que significa?

Que la gente jerezana

tan paya como gitana

bien por penas o alegrías

toca el alma del Señor

y el corazón de María

con tan bellos sentimientos

que hasta el mismo Prendimiento

cuando oye a los gitanos

desatándose sus manos

les aplaude de contento.

Por eso pide a Dios Padre  
rendido a tantos lamentos  
oiga el llanto de su madre  
que llora por sus adentros.

Es la magia, hermano mío  
de la tierra en que naciste,  
de esta tierra que quisiste  
de saeta y de quejío.

Y espero, hermano, y ansío  
que al igual que en tu niñez  
el Señor, divino juez,  
buscando un nuevo calvario,  
te haga de nuevo un sagrario  
por las calles de Jerez.

¿Sabes, hermano mío?, un buen amigo, cofrade desde niño del Cristo de la Expiración, me ha contado hoy una hermosa historia. Una de esas historias que tanto te conmovían y que te marcaban el semblante cuando las oías.

Me decía que en su hermandad, la del Cristo, había una antigua costumbre, hoy desaparecida, que guarda en el fondo de sus recuerdos más queridos y que marcaron en gran medida el cariño y la devoción que siente hacia sus sagrados Titulares.

Tras visitar los sagrarios el Jueves Santo los hermanos acudían a la ermita para sacar sus papeletas de sitio. Había gente que sólo se veían de año en año y allí compartían momentos de alegría y chascarrillos mientras se tomaban unas copitas y se escuchaban las primeras saetas a la Virgen del Valle.

Había veces que se cantaban tantas que casi parecía la Cruz Vieja al paso, ya de vuelta, del Cristo de la Expiración.

Pero de entre todas las saetas que se escuchaban, siendo mi amigo muy niño, nunca se le podrá olvidar la que cantó un

hombre angustiado por la enfermedad de un hijo. Ese hombre casi no sabía cantar pero que, con el torpe cante entrecortado por el llanto, dejó una huella imborrable en el corazón y en la memoria de mi amigo.

Tú me dirás que a Dios se llega hablándole como a un padre, diciéndole las palabras que salen del corazón sincero; y llevas razón. Pero este pueblo nuestro le habla a Dios con lo que mejor sabe hacer y que el mismo Creador le ha regalado; su cante. Quizás no entiendas ahora que sólo una fe poderosa fue la que llevó a ese padre angustiado a romper todas las barreras para ofrecerle a Dios su oración en forma de canto sincero.

Canta tú que puedes, canta.

Reza a Dios como tú sabes

y con tu garganta alabas,

la mejor Semana Santa.

Que tu divina garganta

diga a Dios cuánto lo quieres  
y entre todas las mujeres  
a la más blanca azucena  
la mujer de gracia llena;  
La más pura de los seres.

Que tu saeta que suena,  
como el bálsamo que sana,  
torne el cardo en mejorana  
y el dolor en hierbabuena.

Que tu súplica serena  
a su corazón de madre  
como saeta taladre  
el cielo del que confía  
que por ella noche y día  
llega nuestra voz al padre.

Que con tu cante, María,  
que sabe de sufrimientos,

sepa aliviar tus tormentos

y te traiga la alegría.

Pues si tu alma se agría,

Ella es la miel que la cura,

y ese dolor de locura

que por tu hijo padeces

cuando cantando le reces

a tu madre, la del Valle,

tu pena también se acalle

con esas cantadas preces.

Deja que tu pena estalle.

Deja que salga tu pena.

Que tu súplica serena

se escuche bien en la calle.

Y aunque tu canto se encalle

al salir de tu garganta,

la oración que se atraganta

alce al firmamento el vuelo  
y Dios la escuche en el cielo  
en esta Semana Santa.

SAETA DE TOMÁS RUBICHI

Sí, hermano, aunque ahora te resulte difícil creer, nuestra Semana Santa es, sobre todo, fe. Fe entroncada en nuestra cultura y en nuestra forma de ser más profundas que hunden sus raíces en pasadas generaciones que aprendieron a amar a Dios a través de nuestras imágenes, de nuestras tradiciones, de nuestras costumbres.

Cada detalle, cada símbolo que encontramos en las hermandades, en los pasos, en las insignias, son pequeños recuerdos de un pasado que forjó nuestro sentir, nuestro carácter, nuestra forma de amar a Cristo y a su santísima madre.

Como esas enternedoras historias que nos contaban nuestros abuelos antes de irnos a la cama. Esas vivencias que nos contaban los mayores en la que Cristo era el protagonista y Jerez el Jerusalem eterno donde vuelve a morir por nosotros.

Vivencias como las de los barqueros de San Telmo que, ante la zozobra de su barca por una galerna en la desembocadura del Guadalete, vieron cómo el Cristo se les aparecía colgado de la

vela de aquella pequeña embarcación. Vela que bordaron en  
malla con un sol y una luna para recuerdo eterno de aquel  
milagro.

Sol y luna, luna y sol, alfa y omega de nuestra existencia, de  
nuestra historia, de nuestra forma de llegar a Dios con luces y  
con sombras, con aciertos y con fallos que vamos bordando a lo  
largo de nuestra vida.

Es Dios, tu Dios, el que quiere seguir siendo crucificado en esa  
vela, en esta tierra nuestra a la que, hermano mío, quiero que  
vuelvas de nuevo.

Fue en esa cercana plaza

del barrio de sus amores

donde nació Lola Flores

flamenca de pura raza.

Donde la saeta abraza

nuestra fe más verdadera

y que cada primavera

al cante jondo lo emplaza.

Fue cerca, casi a la vera  
de la vieja y blanca ermita  
donde la gente le grita  
¡guapa! a la virgen morena.

Donde el llanto de la cera  
de los cirios encendidos  
piden por seres queridos  
ofreciendo sus promesas  
por razones inconfesas  
y por sueños incumplidos.

Fue entre las nieblas espesas  
de recuerdos heredados  
de testimonios fundados  
y conversiones expresas.

Gente de la mar ilesas

que ante la galerna ora  
a ese cristo jerezano  
que mira al cielo lejano  
sabiendo que ya es su hora.

Fue, en este barrio gitano  
de Jerez de la Frontera  
donde una hermosa barquera  
fue en busca de su barquero,  
el hijo de un carpintero  
y Señor de los Señores  
que por pescar pecadores  
fue clavado en un madero.

La barquera entre temores  
subió a San Telmo a buscarlo  
y en la ermita pudo hallarlo  
expirando entre dolores.

Saeteros, cantaores,

la vela de su barquilla,  
una luna, un sol que brilla  
lloraban sus estertores.

Un egipcio con horquilla  
bajo el barco de cahoba  
oye un susurro que trova  
que retumba en la capilla:  
Dejé la barca en la orilla  
de las playas de allá abajo  
que ya cumplí mi trabajo  
y vuelvo al cielo al que miro  
y este aliento que respiro  
lo devuelvo a quien mi trajo.

Y antes de morir te miro  
barquera, madre y Señora  
que ya ha llegado mi hora  
y en tus ojos, madre, expiro.

Quiero en mi mortal suspiro  
cuanto mi pulso se acalle  
verte de rojo en la calle  
pregonando la alegría  
de ser Tú, Virgen María,  
Reina del Cielo y del Valle.

¿Recuerdas, hermano, aquellas Madrugadas de Viernes Santo por Empedrada, aquellos amaneceres por Calle Ancha y aquellas tardes por calle Sol? Corríamos como locos de un barrio gitano a otro, sedientos de esas saetas que rompen el alma de quienes las cantan y hacen suspirar a quienes las oyen. Éramos unos niños, sólo unos niños que empezaban a darse cuenta del tesoro que encerraba nuestra Semana Santa.

¿Acaso no se te quedó grabado en tu corazón esa primera imagen de los cuatro faroles de guía de la Yedra bajando por Molineros? Era nuestra primera madrugada y soñábamos con ver amanecer mientras la Buena Muerte se recogía ya Por-Vera o la Esperanza, entre la niebla, pasaba por Corredera.

Soñábamos con vivir esas fotos de Eduardo Pereira o de Diego Romero que sólo habíamos vivido en nuestra imaginación y que, en nuestro primer año, sobrecogieron nuestros corazones.

Soñábamos, hermano, con esas benditas saetas surgidas de entre la muchedumbre que escuchaba absorta y en silencio las oraciones cantadas por sus almas.

¿Acaso no lo recuerdas? ¿Hay quizás una Semana Santa más sentida y más hermosa? Dime que no lo has olvidado y, si ya no lo recuerdas, yo te lo voy a recordar.....

Dos barrios hay en Jerez  
gitanos de pura cepa,  
donde se reza cantando,  
donde cantando se reza  
donde la oración es arte,  
donde arte y fe se encuentran  
para decirle al Señor  
¡Cómo se apena este cante!  
¡Cómo cantamos sus penas!

En Santiago lo prenden.

En San Miguel lo condenan.

Y se muere en los dos barrios

blanco, rojo y hierbabuena.

Ruan de negro enlutado,

piel de bronce, voz canela

por calle Sol y Empedrada

por Ancha y por calle Nueva.

Entre blancos azahares

avanzan hileras negras

cerquita de Santa Clara

donde le llueven saetas

a una señora enlutada

y a un cristo que se ha dormido

en la hermosa madrugada.

Al arrullo de las rejas

llega un humo blanco y denso

que besa las viejas tejas  
cual nieblas de puro incienso  
sobre el mar de la Cruz Vieja.

Unos negros candelabros  
entre la niebla revuelan,  
con sus luces encendidas  
entre oscuras callejuelas.

Sobre el mar diviso un barco.

Y sobre el barco una vela.

Y sobre la vela un Cristo  
que se muere entre tinieblas.

La luna de plata reza  
y un viento de las estrellas  
responde desde los cielos  
y acaricia sus melenas.

La Virgen del Valle llora

¡Ay cómo llora la Yedra!

El Valle llora su muerte

y la Yedra su sentencia.

Y si lloran las campanas,  
cuando la Salud se quiebra,  
con Amor y Sacrificio  
llora toda la Plazuela  
¡¡Ay barrio de San Miguel!!  
que como llora la cera  
todos lloramos contigo  
cada nueva primavera.

No sé, hermano mío, qué contarte para que te reencuentres con lo que dejaste atrás. Para que vuelvas a ver con el corazón toda la hermosura que tiene nuestra Semana Santa. Sé que te apartó de ella todo lo que tiene de superficial, de hipócrita, de mera y vacía fachada. Pero dime; ¿Qué cristiano no es en realidad, un pobre pecador que sueña con ser algún día merecedor del amor de Cristo? Sé que te duele que haya mucha gente que se aproveche de nuestra Semana Santa, que viva de ella, como aquellos mercaderes del templo a los que Jesús echó a patadas de allí. Pero dentro del templo está Dios y dentro de nuestras iglesias fluyen generosos sentimientos que hacen mucho bien a muchas personas que lo buscan a través de nuestras imágenes. Dentro de nuestras hermandades hay muy buena gente que hace lo que puede por agradar a Dios desde su humildad y anonimato. ¿No te basta con eso?

Me gustaría que escarbaras en esas pequeñas historias de fe que mueve el corazón de las personas sencillas y que esconden pequeños milagros que han cambiado sus vidas y las vidas de las personas que lo han vivido.

Sin duda, cada una de esas pequeñas historias compensan todos los desencantos y decepciones que nos llevamos, que sé que te llevas. Déjame hermano mío que te cuenta una historia que me contaron y que ocurrió muy cerquita de aquí, en este viejo y

castizo barrio. Permíteme que te desvele ese pequeño milagro de la curación de un niño que se encomendó a la Esperanza de la Yedra para que curara su mal.

Escucha esta historia con el corazón para que se ablande y pueda amar todo lo que antaño amó.

## **LA CURACIÓN DEL NIÑO DE LA ESPERANZA DE LA YEDRA**

¡Ay Virgen de la Esperanza!

Solo de esperar me muero;

quiero ser tu costalero

y mi cuerpo no me alcanza.

Contemplando tu semblanza

de esperanza y pura pena,

te confieso, madre buena,

que quizás no lo consiga.

Deja madre que te diga

el dolor que me cercena.

Mi joven alma mendiga  
de tu maternal consuelo.  
Rozando tu terciopelo  
pido a Dios que me bendiga.  
Y es que el mal que me castiga,  
y que acaban de contarme,  
es que tengan que cortarme  
una pierna, madrecita,  
y te ruego virgencita  
tengas a bien el curarme.

Llevo tu imagen bendita  
y sueño con poder llevarte  
en mis hombros y sacarte  
por la puerta de la Ermita.  
Y aunque dicen que está escrita  
Sentencia a mi enfermedad,  
yo sólo sé que es verdad  
que la Sentencia del cielo

escuchará a tu pañuelo  
antes que a la humana ciencia.  
Y yo te pido clemencia  
que alivie mi desconsuelo.

Y en su firme y fiel creencia,  
creyendo en Ella de veras  
bajo las trabajaderas  
escuchó una confidencia.

Hijo mío, tu dolencia  
te la va a curar mi hijo;  
el mismo que te bendijo  
con el verde de mi manto  
este mismo Viernes Santo  
de esperanza y regocijo.

Y al hilo se escuchó un canto;

La oración de una saeta.

La ermita casi se agrieta,

con ese callado llanto.

No se cuánto tiempo, cuánto  
la respiración paraba  
de la madre que lloraba  
de la Virgen de la Yedra  
de la ermita y de las piedras  
con la oración que cantaba.....  
Y esta saeta sonaba.....

*SAETA de EVA DEL CRISTO*

*Esperanza, Virgencita*

*Si me operan y me muero*

*En el cielo, en la otra ermita*

*Quiero ser tu costalero*

Y el Jueves Santo Pasó  
y al pasar la madrugada  
con la sentencia dictada  
el Señor Jesús murió  
Mas eso que prometió  
a su madre, La Esperanza,  
el lunes sin más tardanza  
a la Virgen concedió.

Al doctor que lo operó  
se le mudó la semblanza.

Al abrirlo descubrió  
que el mortal tumor no estaba,  
y por mucho que miraba  
el mal desapareció.

Pasmado se santiguó  
sin creer lo que veía;  
Lo que el niño ya sabía.  
Lo que la ciencia negaba.

Que el mismo Dios regalaba  
lo que la Virgen pedía.

Todo esto sucedía  
en Jerez, hermano mío,  
en la tierra del quejío,  
en la tierra de María.

Que entre la noche y el día.

Fue el milagro verdadero

¡¡Que lo sepa el mundo entero!!

¡La Yedra curó al Chaval!

Y hoy, que es un hombre, cabal

¡¡Es también su costalero!!

Dirás, hermano, que hay otras formas de vivir la Semana Santa que buscan encontrarse con la verdadera Pasión de nuestro Señor.

Dirás, hermano mío, que tenemos que buscar el sentido cristiano de su muerte y resurrección.

Dirás, simplemente dirás, que nos hemos apartado de esa espiritualidad que buscas y que dejaste de encontrar en nuestra Semana Santa.

Yo también la busco, hermano mío. Yo también soy consciente del profundo amor que tuvo nuestro Señor Jesucristo hasta morir por todos nosotros. Yo también me doy cuenta de su sacrificio y de la buena noticia que representa su resurrección.

Pero, Él, conocedor de nuestras faltas y pecados, de nuestras carencias y defectos, de nuestras preocupaciones y anhelos, de todo lo que pasa por nuestro corazón, viene a buscarnos a este Jerez nuestro cada primavera.

Ya sabes, tú lo sabes, que Jesucristo sigue dándose por nosotros hoy día. Sigue muriendo y resucitando en cada uno de nosotros. Sigue siendo aquel que se dejó prender, padecer y crucificar hasta morir en esa cruz del Calvario que llevamos todos y que él nos ayuda a llevar cada día.

Lo entiendas o no, hermano mío, lo compartas o no, esta tierra,  
tu tierra, renueva cada año la pasión de Cristo en sus calles y  
plazas. Lo ve entrar triunfante por Rivero. Lo ve sufrir y padecer  
por revirás imposibles al son de cornetas y tambores.

Lo ve silente pasar por calle Larga,

lo ve marcharse en su urna a otro Calvario.

Ve a su madre llorar sus sufrimientos,

como lloran las ceras bajo un palio.

Lo ve, hermano mío, y Él nos mira

Aún muerto yacente en un sudario

Y soporta mejor sus sufrimientos

Cuando ve a nazarenos con rosarios

Cuando escucha la voz de una saeta

Cuando el jueves le montan los sagrarios

Y nos quiere en verdad, hermano mío

Porque, en verdad hermano, cada paso

contemplando su cuerpo dolorío

es Pasión, ejemplo y santuario.

Arte, pasión y tronío  
que vuelve a crucificarte,  
que esta es la forma de amarte  
que tiene Jerez, Dios mío.

Oración, cante, quejío  
de esta tierra que ya añora  
que pide ya sin demora  
que los naranjos florezcan  
y las almas se estremezcan  
con tu sangre y sufrimiento  
y al ver tu rostro sangriento  
nuestras penas enmudezcan;

Llorando tu prendimiento,  
llorando también tus penas  
y con lirios y azucenas  
endulzarte tus tormentos.

Ir contigo en los momentos  
de soledad y agonía  
y acompañar a María  
en su duelo y en su llanto  
cuando el mismo Viernes Santo  
su corazón se partía.

Y rezando tras su manto  
susurrarle en su amargura  
que esa penita tan dura  
de ver a Dios sufrir tanto,  
le alivie el duro quebranto  
diciéndole en confianza  
que ese canto de alabanza  
que elevamos hasta el cielo  
sea confortación, consuelo,  
sea socorro y esperanza.

Consuelo a su Desconsuelo.

Amparo a su Desamparo.

A su sed, arroyo claro,

de sus Lágrimas, pañuelo.

Acompañarla en su duelo

y aliviar su soledad

misericordia, piedad

Darle paz, confortación

Y en su mayor aflicción

más amor y caridad.

Es la fe y la tradición

de este Jerez que te quiere

que te canta un miserere

de saeta y oración.

Flamenca por tradición,

con su arte canta y ora

Y ya sueña con la hora

de oler a incienso y a cera,

pues llegando primavera  
por salvarnos otra vez  
en Señor muere en Jerez;  
En Jerez de la Frontera.

No te digo más hermano y te espero en nuestra tierra que se impregna de Dios en cada esquina de sus cuatro costados. Que expresa ese amor con su arte y con cante. Que guarda como un tesoro en las peñas flamencas ese sentir de un pueblo en forma de saetas que encierran todo el sentimiento que lleva dentro.

Y hoy, hermano, Viernes de Dolores estoy en la más antigua de Jerez, lleno de esperanza como ese Verde de la Esperanza de la Yedra que nos acompaña.

Ay peña, bendita peña;  
Templo del cante y del arte  
Y tú, cante, que dormías,  
supo ella despertarte.  
Ay peña, mi vieja peña  
que el mismo Dios por amarte  
quiso que rezar quisieras  
y con saetas rezarle.  
Que aquí cantó Terremoto,

un tal Luis Elegante,  
la Paquera, Manuel Soto  
y tó lo mejor del cante  
que a tu Peña se vinieron  
poniendo a Dios por delante.

Ay peña, de mis amores  
de alegrías, de dolores,  
de cante por bulerías,  
de saetas de oraciones,  
de fandangos y alegrías.

De palmas, baile y tacones;  
Que como en las viejas fraguas  
martillean corazones  
cuando cantan a María  
Y se callan los tambores.

Ay Peña, por confesarte  
un secreto que me asombre,  
no queriendo preguntarte  
quién te puso a ti ese nombre,  
mirando al cielo pensé:  
Dios te quiso baluarte  
de la oración y del cante  
Y fue Dios quien decidió  
“Los Cernícalos” llamarte  
por alzar el cante al cielo  
como esas alegres aves,  
para que el Señor lo escuche  
y hasta esta peña se baje.  
Y hoy peña, bendita peña,  
ante este verde estandarte,  
Yo cofrade rojo y negro  
que sólo quiere agradarte,  
poniendo a Dios por testigo,  
estas palabras te digo

y que oso confesarte;  
Aprendiendo a ser cristiano  
este humilde jerezano  
ha gozado al pregonarte.